

- cer los honores de la casa cuando me dejáis sola... hoy sobre todo, que no me siento buena.
- FAL. ¿Pues qué?
- CAR. La agitación del día sin duda...
- FAL. Si no es otra cosa, tranquilízate: te dispense de bajar al salón, y aun de asistir á la comida.
- CAR. ¿De veras?
- FAL. Sí; vale más, porque pudiera ocurrir algo... y las mujeres siempre se asustan y se desmayan...
- CAR. ¿Qué queréis decir?
- FAL. Nada; no hay necesidad de que sepas...
- CAR. No; hablad, hablad sin temor... ¡ah! ya entiendo... esa comida tenía por objeto la celebración de los esponsales, que se diferirán... que acaso no se verifiquen ya... si es eso lo que teméis decirme...
- FAL. (Con frialdad.) No por cierto; la boda se realizará...
- CAR. ¡Dios mío!
- FAL. (Con calma y mirándola.) No hay variación ninguna; y á propósito, hija mía, dos palabras...
- CAR. (Bajando los ojos.) Ya escucho.
- FAL. Los asuntos del Estado no absorben de tal manera mis ideas que no pueda observar lo que pasa en mi casa; hace algún tiempo que he creído notar que un joven oscuro, un nadie, á quien mi bondad había dado entrada en mi casa, se atreve á poner los ojos... (Movimiento de Carolina.) ¿Lo sabíais, Carolina?
- CAR. Sí, señor.
- FAL. Le he despedido; y sean las que fueren sus habilidades y su mérito personal, que os he oído ponderar demasiado... os declaro aquí formalmente, y ya sabéis si mis determinaciones son enérgicas, que, aunque pendiese de ello mi vida, no consentiría jamás...
- CAR. Tranquilizaos, padre mío; sé muy bien que la idea sola de una boda desigual os haría desgraciado, y... os lo prometo... ¡no seréis vos el desgraciado!!!
- FAL. (Coge la mano de su hija, y después de una pausa.) Ese valor es el que yo necesito... te dejo... te disculparé en la mesa; diré que estás mala, y aun me temo que no mentiré; quédate en tu cuarto, y suceda esta noche lo que suceda, oigas lo que oigas, guárdate de salir de él. Adiós. (Vase.)

ESCENA VIII

CAROLINA, rompiendo á llorar

¡Ah! se ha marchado... ¡por fin puedo llorar!... ¡pobre Eduardo! ¡tantos sacrificios, tanto amor! ¿Este será su premio? ¡olvidarle! ¿Y por quién? ¡Dios mío! ¡qué injusta es la suerte! ¿por qué no le ha dado el nacimiento de que era digno? ¡entonces hubiera yo podido amar libremente las virtudes que brillan en él! entonces todos hubieran aprobado mi elección... ¡y ahora es un delito pensar en él! pero este día es mío todavía... todavía no soy de nadie; soy libre... y ya que no he de volverle á ver...

ESCENA IX

CAROLINA; EDUARDO envuelto en una capa, entrando por la derecha precipitadamente

- ED. Han perdido mi huella.
- CAR. ¡Cielos!
- ED. (Volviéndose.) ¡Ah! ¡Carolina!
- CAR. ¿Qué os trae? ¿de qué procede esta osadía? ¿Con qué derecho, caballero, os atrevéis á penetrar hasta aquí?
- ED. ¡Perdón! ¡mil veces perdón!... ahora mismo, en el momento en que cubierto con esta capa me introducía en el palacio, varios hombres que no parecen de la casa se han arrojado sobre mí; me he podido soltar de sus manos, y conociendo mejor que ellos las entradas, he llegado á esta escalera, donde he dejado de oír sus pasos.
- CAR. ¿Pero con qué objeto os introducís de esta manera en la casa de mi padre? ¿á qué ese misterio... esas armas? hablad; explicaos... lo exijo, lo mando.
- ED. Mañana me marchó; el regimiento á que he sido destinado sale de Dinamarca... He dirigido al barón de Geler una esquila que exigía una contestación pronta, y como tardaba, he venido á buscarla en persona.
- CAR. ¡Dios mío!... ¡un desafío!... estoy segura... ¡deliráis, Eduardo! ¡os vais á perder!
- ED. ¿Qué importa, si consigo impedir vuestra boda? No tengo otro medio.
- CAR. ¡Eduardo!... si tengo sobre vos alguna influencia, no desoiréis mis ruegos; renunciaréis á ese proyecto; no insultaréis al barón, ni provocaréis un escándalo, terrible para vos... ¡y para mí, caballero!... sí; yo pongo en vuestras manos mi reputación; tengo confianza en vuestro pundonor... Me equivocaré al creer...
- ED. ¡Ah! ¿qué me pedís? exigís que os lo sa-

- crifique todo... hasta mi venganza... y habéis de ser de otro, del mismo á quien queréis que perdone...
- CAR. No; ¡os lo juro!
- ED. ¿Qué decís?
- CAR. Que si cedéis á mis súplicas, rehusaré esa boda; permaneceré libre; quiero serlo... sí, os lo juro aquí... no seré vuestra ni de Geler.
- ED. ¡Carolina!
- CAR. Ahora conocéis cuanto pasa en mi corazón; ya no nos volveremos á ver; viviremos para siempre separados; pero al menos sabréis que no sois vos el único que padece, y que ya que no puedo ser vuestra, no seré de nadie.
- ED. (Con alegría.) ¡Ah! apenas puedo creerlo todavía.
- CAR. Ahora partid... demasiado tiempo habéis estado ya aquí: no expongáis los únicos bienes que me quedan, mi honor, mi reputación; no tengo otros; y si hubiese de perderlos ó de verlos comprometidos... antes quisiera morir.
- ED. Y yo primero perder cien vidas que exponeros á la más leve sospecha; nada temáis, me alejo. (Abre la puerta por donde ha entrado.) ¡Cielos! hay soldados al pie de la escalera.
- CAR. ¡Soldados!
- ED. (Señalando la puerta del foro.) Por aquí á lo menos...
- CAR. (Deteniéndole.) No... ¿no oís ruido? (Escuchando.) Suben... es la voz de mi padre... varias personas le acompañan... vienen todos... ¡Ah! si os encuentran aquí solo conmigo, ¡soy perdida!
- ED. ¡Perdida! ¡oh! ¡no! yo os respondo con mi vida. (Señalando á la puerta de la izquierda.) Allí. (Se precipita dentro.)
- CAR. ¡Cielos! ¡mi cuarto! (La puerta se cierra; Carolina oye subir por la puerta del foro, se abalanza á la mesa de la izquierda, coge un libro y se sienta.)
- FAL. Y que yo hubiera querido ocultarte; un hombre se ha introducido en la casa.
- GEL. Las guardias emboscadas en el primer patio dicen haber visto deslizarse tres.
- RANT. ¡Otros dicen siete!... de suerte que pudiera muy bien no haber ninguno.
- FAL. Por lo menos había uno, y estaba armado; dígalo la pistola que ha dejado caer en el segundo patio al huir; por otra parte, si ha buscado asilo en este lado de la casa, como yo creo, no ha podido penetrar en él sino por esa escalera, y es raro que no lo hayas visto.
- CAR. (Con agitación.) No, ciertamente: nada.
- FAL. O á lo menos que no hayas oído...
- CAR. (Con la mayor turbación.) Hace un momento efectivamente, estaba yo leyendo, y... se me figuró que había oído á alguien cruzar por esta pieza; como quien va hacia el salón, y allí será sin duda donde...
- GEL. Imposible; nosotros venimos de allí, y, si no hubiese soldados al pie de esa escalera, creería yo que está todavía...
- FAL. A ver, Koller. (Haciendo seña á dos soldados, que abren la puerta de la derecha y desaparecen con Koller.)
- RANT. (Algún torpe, alguno que no habrá recibido la contraorden, y que habrá acudido sólo á la cita.)
- KOLL. (Entrando.) ¡Nadie!
- RANT. ¡Tanto mejor!
- KOLL. No entiendo por qué rara casualidad han cambiado de plan.
- RANT. (Sonriéndose.) ¡La casualidad! ¡todos los necios creen en ella!
- FAL. (A él y á algunos soldados, señalando el cuarto de la izquierda.) No queda más que este cuarto.
- CAR. ¿El mío, señor?
- FAL. No importa, no importa: entrad. (Geler, Koller y algunos soldados se presentan en la puerta del cuarto, que se abre de repente, y aparece Eduardo.)
- ESCENA XI
- CAROLINA, EDUARDO, GELER, KOLLER, FALKLEND, RANTZAU
- TODOS. (Viendo á Eduardo.) ¡Cielos!
- CAR. ¡Yo muero!
- ED. Aquí estoy; yo soy el que buscáis.
- FAL. (Irritado.) ¡Eduardo Burkenstaf en el cuarto de mi hija!
- GEL. También conjurado.
- ESCENA X
- CAROLINA, GELER, FALKLEND; KOLLER, algo en el fondo, con algunos soldados; RANTZAU, varios señores y damas, soldados que permanecen en el fondo por la parte de afuera.
- FAL. Esta es la única parte de la casa que no se ha registrado.
- CAR. ¡Dios mío! ¿qué hay?
- GEL. Un complot fraguado contra nosotros.

ED. (Mirando á Carolina, que está próxima á desmayarse.) ¡Sí, también conjurado! (Con energía, avanzando hacia el medio de la escena.) Sí, ¡conspiraba!

TODOS. ¡Es posible!

KOLL. Y yo no lo sabía...

RANT. También él...

KOLL. (Debe saberlo todo; si habla me compromete.) (Entretanto Falklend ha hecho seña á Geler que se sienta á la mesa de la izquierda y escriba. Se vuelve hacia Eduardo.)

FAL. ¿Dónde están vuestros cómplices? ¿quienes son?

ED. No los tengo.

KOLL. (Bajo á Eduardo.) ¡Bravo! (Se aleja rápidamente; Eduardo le mira con asombro y se acerca á Rantzau.)

RANT. (Haciendo un gesto de aprobación á Eduardo.) (No es un vil este.)

FAL. (A Geler.) ¿Habéis escrito? (Volviéndose á Eduardo.) Sin cómplices ¿eh?... es imposible; los alborotos de que vuestro padre ha sido hoy causa ó pretexto, las armas que traéis, prueban un proyecto de que ya teníamos conocimiento; queríais atentar á la libertad de los ministros, á su vida tal vez, y semejante proyecto vos solo no podíais llevarle á cabo.

ED. Nada tengo que responder, ¡y de mí no sabréis nunca otra cosa sino que conspiraba contra vos! quería quebrantar el yugo vergonzoso que oprime al rey y á Dinamarca; sí, existen entre vosotros gentes indignas del poder, y cobardes, á quienes he desafiado en balde...

GEL. Sobre eso daré explicaciones al consejo.

FAL. ¡Silencio, Geler. Puesto que el señor Burkenstaf confiesa que estaba metido en una conspiración...

ED. (Con energía.) ¡Sí!

CAR. (A Falklend.) Os engaña; es falso.

ED. Señorita, perdonad; debo de decir lo que digo; tengo á mucha honra el poderlo confesar en alta voz (Con intención y mirándola), y dar así al partido á quien sirvo esta última prueba de adhesión.

KOLL. (Bajo á Rantzau.) Es hombre perdido, y su partido también.

RANT. (Solo á la derecha del espectador.) (Todavía no; esta es ocasión de soltar á Burkenstaf; ahora que se trata de su hijo, fuerza será que se presente de nuevo; y esta vez veremos.) (Se vuelve hacia Falklend y Geler, que se han acercado á él.)

FAL. (Dando á Rantzau el papel que le ha entregado Geler, y dirigiéndose á Eduardo.) ¿Es esta vuestra última declaración?

ED. Sí, he conspirado; sí, estoy pronto á firmarlo con mi sangre: no sabréis una palabra más. (Geler, Falklend y Rantzau parecen deliberar. Entretanto Carolina dice á Eduardo en voz baja.)

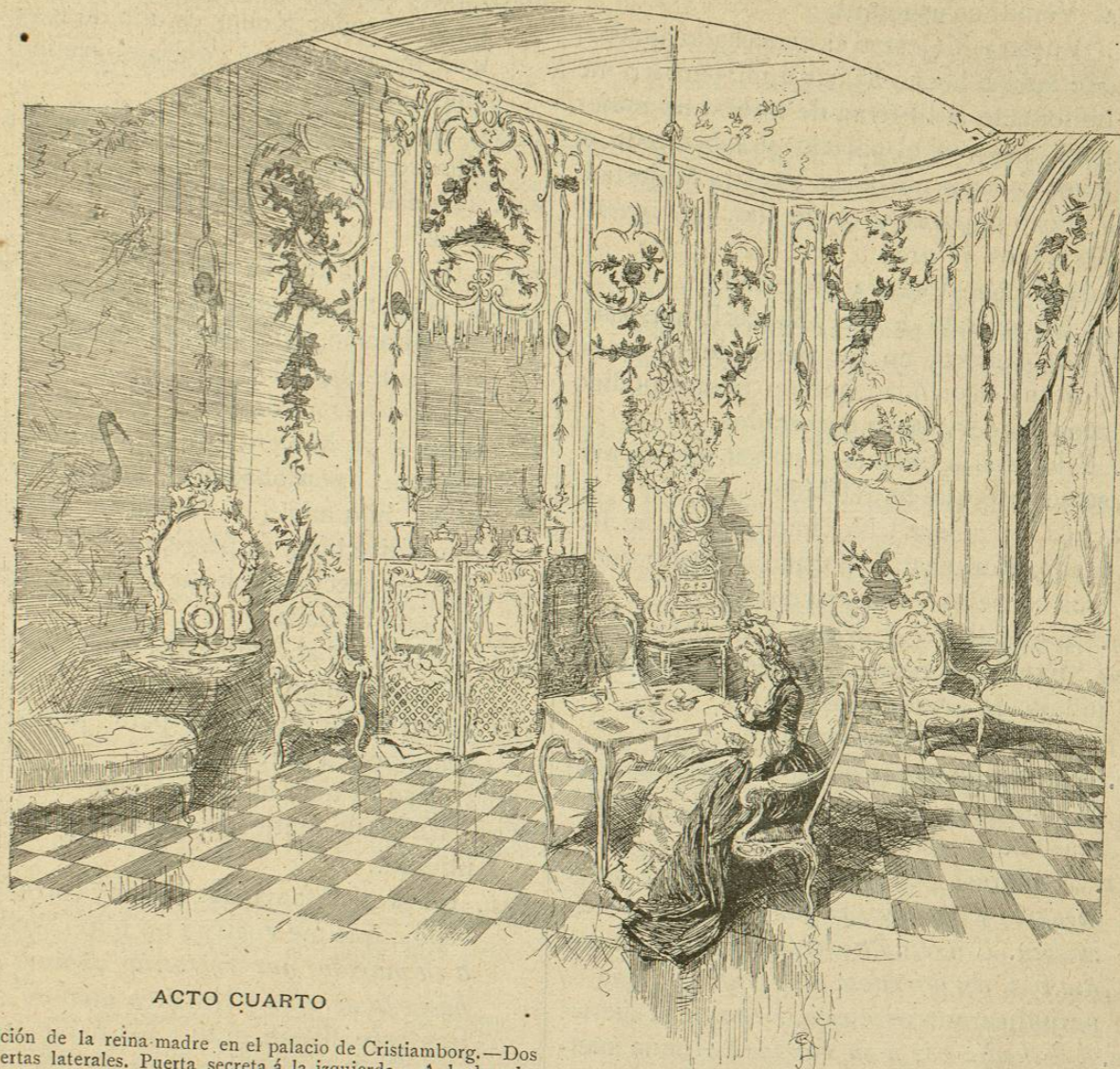
CAR. ¡Os perdéis! Os cuesta la vida.

ED. (Id.) ¿Qué importa? no quedaréis comprometida; os lo había jurado.

FAL. (Dejando de hablar con sus colegas, y dirigiéndose á Koller y á los soldados que están detrás de él, les dice señalando á Eduardo:) Prendedle.

ED. Vamos.

RANT. (¡Pobre mozo!) (Tomando un polvo.) (¡Esto va bien!) (Los soldados se llevan á Eduardo por el foro. Cae el telón.)



ACTO CUARTO

Habitación de la reina madre en el palacio de Cristiamborg.—Dos puertas laterales. Puerta secreta á la izquierda.—A la derecha un velador cubierto con un rico tapete.

ESCENA PRIMERA

LA REINA, á la derecha, sentada junto al velador

¡Nadie! ¡nadie todavía! mi inquietud se aumenta por momentos; no entiendo este billete anónimo. (Leyendo.) «A pesar de la contraorden que habéis dado, uno de los conjurados fué preso ayer noche en el palacio de Falklend. Es el joven Eduardo Burkenstaf. ¡Haced por ver á su padre y ponedle en movimiento! no hay tiempo que perder.» ¡Eduardo Burkenstaf preso como conspirador! ¡Con que era de los nuestros! ¿Entonces por qué Koller no me ha prevenido? No le he visto desde ayer; no sé qué es de él. Con tal que no esté también comprometido; es el único amigo con quien puedo contar; acabo de ver al rey; le he hablado; tenía confianza con él, pero su cabeza está más débil que nunca; es todo lo más si me ha conocido y me ha com-

prendido... y si ese joven, intimidado por las amenazas, nombra á los jefes de la conspiración, si me vende... mas no; es pundonoroso; tiene valor. Pero y su padre... su padre, que no viene, y que es mi única esperanza. Le he enviado á decir que me traiga las telas que le he encargado, y ha debido comprenderme; ¡en el día nuestra suerte y nuestros intereses son los mismos! de nuestra armonía depende el éxito.

UN UGIER DE LA CÁMARA. (Entrando.) El señor Berton Burkenstaf quiere presentar unas telas á Vuestra Majestad.

REINA. (Con viveza.) Que entre; que entre.

ESCENA II

LA REINA, BERTON; MARTA, con telas debajo del brazo; EL UGIER, que permanece en el fondo

BERT. Ya vez, mujer; no nos han hecho hacer antesala un solo instante.

- REINA. Venid; os esperaba.
- BERT. ¡Vuestra Majestad es demasiado amable! Me habéis hecho llamar á mí; pero yo me he tomado la libertad de traer á mi mujer para que vea el palacio, y sobre todo el favor con que me honra Vuestra Majestad.
- REINA. Poco importa si es de fiar. (*Al ugier.*) Dejados. (*Vase.*)
- MAR. Aquí tiene Vuestra Majestad...
- REINA. No se trata de eso. ¿Sabéis lo que pasa?
- BERT. No, señora; no he salido de mi casa. Por una casualidad que no hemos podido comprender estaba encerrado.
- MAR. Y lo estaría todavía, á no ser por un aviso secreto que he recibido.
- REINA. (*Con viveza.*) No importa. Os he llamado, Burkenstaf, porque necesito vuestros consejos y vuestro auxilio.
- BERT. ¡Es posible! (*A Marta.*) Ya lo oyes.
- REINA. Esta es la ocasión de emplear vuestro influjo, de presentaros por fin.
- BERT. Vuestra Majestad cree...
- MAR. Yo creo que es la ocasión de estarse quieto. Perdona Vuestra Majestad, pero demasiado ha dado ya que decir.
- BERT. ¿Callarás? (*La reina le hace señas que se modere, y va á mirar por el foro si los escuchan. Entretanto Berton prosigue á media voz, dirigiéndose á su mujer.*) ¡Eso es perjudicar mis ascensos, cortarme la suerte!
- MAR. (*A media voz á su marido.*) ¡Linda suerte! ¡protos nuestros muebles, nuestros géneros saqueados, seis horas de cárcel en un sótano!!
- BERT. (*Fuera de sí.*) ¡Marta! Pido mil perdones á Vuestra Majestad.— (Si yo hubiera sabido esto, me hubiera guardado muy bien de traerla. (*Alto.*) ¿Qué exigís de mí?)
- REINA. Que unáis vuestros esfuerzos á los míos para salvar nuestro país oprimido, y devolverle la libertad.
- BERT. Señora, todo el mundo me conoce; no hay cosa que yo no haga por la patria y por la libertad.
- MAR. Y por ser nombrado burgomaestre; porque esto es lo que deseas ahora.
- BERT. Lo que deseo es que calles, ó sino...
- REINA. Silencio.
- BERT. (*A media voz.*) Hablad, señora; hablad.
- REINA. Koller, uno de los nuestros, os había instruído ya de nuestros proyectos de ayer.
- BERT. No, señora.
- REINA. ¿Es posible? eso me asombra...
- BERT. (*Con impaciencia.*) Y á mí... porque al fin, si el señor Koller es uno de los nuestros, me parece que yo era el primero con quien se debía contar.
- REINA. Sobre todo después de la prisión de vuestro hijo.
- MAR. (*Dando un grito.*) ¿Preso, decís? ¡mi hijo preso!
- BERT. ¡Se han atrevido á prender á mi hijo!
- REINA. ¿Qué? ¿no lo sabéis?... está acusado de conspiración. Su vida está en peligro; por eso os he llamado.
- MAR. (*Corriendo hacia ella.*) ¡Ah! eso es distinto; si yo hubiera sabido... Perdonadme, señora... perdonadme... (*Llorando*) mi hijo... ¡hijo mío! (*A Berton con calor.*) La reina dice bien, es preciso salvarle.
- BERT. Sí; es preciso sublevar el barrio; alborotar toda la ciudad.
- MAR. ¿Y te estás ahí? ¿no estás ya en medio de nuestros amigos, de nuestros vecinos, de nuestros dependientes para provocarlos como ayer á la rebelión?
- REINA. Eso es todo lo que os pido.
- BERT. Entiendo, entiendo; pero es preciso liberar...
- MAR. Es preciso tomar las armas y correr á palacio... que me vuelvan mi hijo (*Siguiendo á su marido, que retrocede algunos pasos hacia la derecha.*) No eres hombre si sufres este ultraje, si tú y los habitantes de esta ciudad toleráis que arrebatan un hijo á su madre, que le sepulsen sin razón en un calabozo, que derriben su cabeza; es interés de todos... es la causa del país y de su libertad.
- BERT. ¡Hola! ¡la libertad!... tú también...
- MAR. (*Fuera de sí.*) Sí, la libertad de mi hijo; poco me importa lo demás; yo no veo más que esa, pero esa la lograremos.
- REINA. En vuestras manos la tenéis; yo os ayudaré con todo mi poder y todos los adictos á mi causa; pero moveos, moveos por vuestra parte para derribar á Estruansé.
- MAR. Sí, señora, y para salvar á mi hijo: contactad con nuestra adhesión.
- REINA. Tenedme al corriente de cuanto hagáis, y de los progresos de la sedición. (*Señalando la puerta de la izquierda.*) Por una escalera secreta que da á los jardines podéis estar en comunicación conmigo y recibir mis órdenes... alguien viene; partid.
- BERT. Bien está; bien... pero si además me dijeseis lo que es preciso...

ESCENA IV

RANTZAU; GELER, FALKLEND, LA REINA. (*Geler entra por el fondo con varios papeles en la mano, saluda á la reina, y se dirige á Falklend sin ver á Rantzau, que está detrás de él.*)

GEL. Aquí está el decreto del consejo que acaba de expedir en calidad de secretario, y al cual sólo faltan dos firmas.

FAL. Bien.

GEL. (*Con aturdimiento y enseñando otros papeles.*) Aquí está también, según me habéis encargado, el proyecto de decreto para la exoneración de...

FAL. (*En voz baja señalando á Rantzau.*) ¡Silencio!

GEL. ¡Es verdad; no le había visto! (*Mirando á Rantzau, cuya fisonomía ha permanecido impasible.*) ¡No lo ha oído; ni se le pasa por la imaginación!

FAL. (*Recogiendo los papeles.*) La sentencia de Eduardo Burkenstaf. (*Leyendo.*) Condenado!

REINA. ¡Condenado!

FAL. Sí, señora, é igual suerte espera en lo sucesivo á cualquiera que se atreva á imitarle.

GEL. He encontrado también una diputación de magistrados y consejeros del tribunal supremo: quejosos de que el consejo de regencia entienda en la causa de Eduardo Burkenstaf, en perjuicio, según dicen, de sus atribuciones, venían á representar al rey, y cuentan para este paso con Vuestra Majestad.

FAL. Ya lo veis, señora; todos los descontentos hacen causa común con vos.

REINA. Y, gracias á vuestro cuidado, mi corte se aumenta diariamente.

FAL. (*A la reina.*) No quiero negar á Vuestra Majestad el placer de esta entrevista. (*A Geler.*) Decid que entren; les daremos audiencia en vuestra presencia.

ESCENA V

RANTZAU, EL PRESIDENTE, CUATRO CONSEJEROS; GELER, FALKLEND, cerca de la reina.

FAL. Señores, sé el motivo que os trae, pero nos hemos visto precisados á alterar el curso natural de la justicia, bien á nuestro pesar, para evitar, por medio de un castigo rápido, escenas semejantes á las pasadas.

PRES. (*Con voz firme.*) Perdonad, señor; cuando el Estado está en peligro, cuando el orden

MAR. (*Arrastrándole*) ¡Es preciso seguirme... mi hijo nos espera... ven, ven pronto. (*A la reina.*) Pierda cuidado Vuestra Majestad; yo os respondo de él y de la rebelión. (*Sale llevándose á su marido por la puerta de la izquierda; al mismo tiempo aparece en el foro el ugier.*)

REINA. ¿Qué hay? ¿qué queréis?

UGIER. Dos ministros vienen en nombre del consejo á hacer á Vuestra Majestad una comunicación importante.

REINA. ¡Cielos! ¿qué será? (*Alto.*) Que entren. (*Se sienta.*)

ESCENA III

EL CONDE DE RANTZAU, FALKLEND, LA REINA

FAL. Señora, de ayer acá la tranquilidad de Copenhague se ha visto seriamente comprometida: varias veces se han manifestado grupos y se han proferido gritos sediciosos en distintos puntos; y ayer, por último, se ha tratado de llevar á cabo en mi misma casa un complot, cuyos jefes se ignoran, pero acerca de los cuales tenemos sospechas...

REINA. Creo, en efecto, señor conde, que os sea más fácil tener sospechas que pruebas.

RANT. (*Con intención y mirando á la reina.*) Verdad es que Eduardo Burkenstaf se obstina en callar... pero...

FAL. Obstinación ó generosidad que le costará la vida. Entretanto, para ahogar en su origen esas sediciones, cuyos corifeos no quedarán impunes mucho tiempo, venimos en nombre del gobierno á intimaros la orden de no salir de este palacio.

REINA. ¿A mí? ¿y con qué derecho?

FAL. Con un derecho que no teníamos ayer, y que hoy nos abrogamos. Una conspiración descubierta da fuerza á un gobierno. Estruansé, que vacilaba todavía, se ha decidido por fin á adoptar las medidas energéticas propuestas por mí: el que da pronto, da dos veces. Y por consiguiente, no se juzgarán ya los delitos de Estado por los tribunales ordinarios, sino por el consejo de regencia, único tribunal competente: allí se está decidiendo ahora la suerte de Eduardo Burkenstaf, entretanto que hacemos comparecer reos de más alta categoría.

REINA. ¡Señor conde!